

habia cesado sus fuegos de artillería; y mandé al capitán que mandaba esta fuerza, que penetrase en las zahurdas sobre la calzada del Resguardo para contenerlo. El referido capitán me hizo observaciones de que con tan corta fuerza no le sería posible ejecutar este movimiento; yo conocí la justicia de esta representación; pero, no teniendo ya tiempo de que disponer para solicitar de V. E. que avanzase el batallón de Granaderos, que se mandó retirar sin mi conocimiento á la casa de la Pinillos, repetí la orden al expresado capitán de un modo positivo, quien salió por la portada á obedecerla, y apenas pudo llegar al arco que da entrada á las referidas zahurdas, donde rompió el fuego, cuando fué repelida su infantería por la del enemigo, quien se alentó con este retroceso y cargó ya de una manera decisiva, no siéndome dable retirar mas de una sola culebrina de á 4 y un carro de municiones, por haber quedado las otras (piezas) sin mulas y sin artilleros.

“Reunida esta pieza con mi batallón de Granaderos en la casa de la Pinillos, donde hice alto mientras que pudo bajar éste, se me ordenó retirarme á la Ciudadela. Lo verifiqué así, poniéndome á la cabeza de mi batallón, y encargando la conducción de la pieza y del carro al Sr. D. Antonio Haro, que funcionaba de ayudante de V. E.”¹

Santa-Anna confirma en casi todos sus partes el anterior relato. Se recordará que al tener noticia de que nuestras fuerzas se replegaban de Santo Tomás, el general presidente se trasladó con sus tropas de reserva de Belem á San Cosme. Dió allí sus órdenes á Rangel para la defensa de la garita, é hizo reforzar la tropa de Peña y Barragan que ocupaba el parapeto avanzado. Sabedor de la pérdida de la garita de Belem, acudió á asegurar la conservación de la Ciudadela y á procurar, aunque en vano, el recobro de dicha garita; y como á las cinco de la tarde se le avisó que la garita de San Cosme necesitaba refuerzo. “Regresé para aquel punto —dice— con el batallón 3º Ligero y un piquete de Granaderos de la Guardia: al llegar me impuse por mi ayudante el coronel Cosío, que el parapeto avanzado habia sido abandonado por las cargas repetidas del enemigo, y que al retirarse con las dos compañías del 11º batallón, le fueron muertos por nuestra metralla dos soldados, recibiendo él una contusión. Observé en seguida que la defensa estaba reducida á la sola garita, que sostenia con valor el general Rangel. Dispuse que el 3º Ligero quedase de reserva á espaldas de la garita, y mandé ocupar la casa de D. Atilano Sanchez y otras inmediatas, para

¹ En la defensa de la garita de San Cosme fueron heridos los capitanes D. Gervasio Torres y D. Antonio Arroyo, siéndolo mortalmente el primero.

que fuesen apoyadas nuestras fuerzas de la garita. Entretanto se ejecutaba esta operación por el 1º Ligero, vi morir á algunos oficiales y soldados de este cuerpo por los proyectiles del enemigo, que menudeaban. Se me dijo allí que por los jardines de la casa nombrada de Pinillos se introducía el enemigo, y pasé á ella con 100 Granaderos de la Guardia, que hice situar en las azoteas, despues de cerciorado que no habia nada por los jardines. Acabada esta operación, ya al concluir la tarde, oí repentinamente un toque de corneta procedente de la garita de San Cosme, que, repetido, no me cupo duda que se tocaba retirada: salí precipitado con mi estado mayor para informarme de aquel incidente, cuando los grupos de tropa que venian desbandados, nos atropellaban, de modo que no quedó más recurso que marchar entre ellos, hasta que por los esfuerzos de mis ayudantes se logró que detuvieran la carrera y oyeran mi prevención de replegarse á la Ciudadela, adonde los conduje con no poco trabajo, siendo necesario destacar algunas partidas de caballería para hacer volver á muchos oficiales, que con más ó ménos número de soldados se marchaban por diferentes calles.—Las siete de la noche serian cuando me encontraba en las puertas de la Ciudadela, y hasta no quedar satisfecho de haber entrado toda la fuerza de San Cosme, no me apé del caballo, que montaba desde las cuatro de la mañana.”

Al llegar á esta parte de mi labor, recibo y extracto varios apuntes, debidos á la amistad de uno de los jefes que acompañaron al general Rangel en la retirada por la Verónica y San Cosme y en la defensa de aquella garita.

Segun tales apuntes, las fuerzas de Rangel al retirarse á Santo Tomás por la Verónica, fueron seguidas y tiroteadas con artillería y fusilería por una columna norte-americana salida del bosque de Chapultepec, y hubo que hacerlas caminar por los potreros laterales para que ofrecieran menor volumen, no obstante lo cual, tuvieron bajas de muertos y heridos y no por dispersion. Despues de la carga ó exploración en que salió herido Ramiro, aprovechando Rangel la suspensión del avance del enemigo, emprendió en muy buen orden con sus tropas la retirada de Santo Tomás á la garita de San Cosme; pero advirtiendo su movimiento los contrarios, destacaron una nube de tiradores que hostilizaron á nuestra gente hasta la garita, recibiendo, á su turno, el fuego que los soldados de Rangel, al avanzar, no cesaban de hacer á retaguardia. Los tiradores del invasor retrocedieron á reunirse con la columna de ataque, detenida á medio tiro de cañón de la garita, que habria sido fácilmente tomada á la sazón, pues nuestras fuerzas no tenian ya municiones, ni hubo repuesto de ellas sino dos horas despues. Rangel pidió re-

fuerzos de gente, artillería y municiones, y recibió las piezas de que se ha hablado, y una parte de las compañías del 3º Ligerero que con Lazcano se retiraron de Chapultepec á Belem; quedando el resto de dichas compañías, con el mismo Lazcano, á las inmediatas órdenes de Santa-Anna. Echeagaray con las fuerzas del 3º Ligerero reunidas en San Cosme, ocupó la azotea de la casa que posteriormente fué de Bassoco. Rangel proveía á la defensa de la garita con actividad y valor imperturbable: permanecía á caballo en el centro de la entrada, presentando su costado izquierdo al enemigo, y en tal posición dictaba sus órdenes. Habiendo pedido á Santa-Anna nuevos refuerzos, se mandó venir las compañías del 3º Ligerero que con Lazcano habian quedado de reserva: cuando estaban ya á dos cuadras de la garita, este oficial envió á avisar á Echeagaray que acababa de recibir orden de contramarchar á la Ciudadela: el expresado jefe del cuerpo comunicó el aviso á Rangel, quien, vivamente contrariado, mandó prevenir, bajo su propia responsabilidad, á Lazcano, que acudiera con su gente á la garita. Probablemente el mismo Rangel mandó dar toque de llamada para más obligar á Lazcano á acercarse con su fuerza: lo cierto es que el corneta de la garita dió el toque de retirada en los momentos en que el enemigo abordaba la posición, y que las tropas nuestras, ya desmoralizadas, huyeron, arrojándose de las azoteas abajo no pocos soldados.¹

Hasta aquí los apuntamientos á que me he referido.

Indudable es que en la garita de San Cosme, como en la de Belem, era insuficiente la fuerza opuesta á un enemigo formidable y resuelto; y que no hay necesidad de buscar otra causa á la pérdida de ambos puntos.

Tomada la garita de San Cosme,² donde, segun Worth, cayeron prisioneros varios jefes y oficiales nuestros, entre ellos el ayudante Castañares, y muchos soldados, entró toda la columna del expresado mayor general, y el capitán Huger estableció en batería sus piezas de sitio, que, á las nueve de la noche, dirigieron cinco bombas y algunas balas rasas al centro de la ciudad. El mismo Worth dice: "Como á la una de la madrugada, una comision de la municipalidad vino con bandera á mis puestos avanzados, anunciando que inmediatamente despues de los disparos de mis piezas de sitio, el gobierno y el ejército empezaron á evacuar la ciudad, y que dicha comision traía encargo de conferenciar con el gene-

¹ Echeagaray se retiró á la Ciudadela, donde reorganizó el 3º Ligerero, saliendo con él y las demás tropas en la noche hácia Guadalupe.

² El coronel Garland solo menciona una pieza allí capturada; pero deben haber sido tres. El mismo jefe recomienda el comportamiento del teniente U. S. Grant (hoy el general Grant) del 4º de infantería.

ral en jefe, á cuyo cuartel general fué llevada por el ayudante general Mackall." Es de advertir que en el resto de la madrugada, Scott no dió á Worth y á Quitman aviso alguno de la rendición de la capital.

Santa-Anna habia presidido á las ocho de la noche, en la Ciudadela, una junta de guerra de generales por él convocada para tomar una determinación en circunstancias tan críticas, y á la cual concurrió el gobernador del Estado de México, Olaguíbel, que con 200 hombres y 4 piezas ligeras, habia venido esa tarde de la hacienda de los Morales en auxilio de la capital. En dicha junta se habló de los últimos acontecimientos. "Se deploró —dice Santa-Anna— la situación á que nos habia reducido la desobediencia de unos, la cobardía de otros y la inmoralidad en general de nuestro ejército, de manera que no habia que esperar mejor conducta: tambien se hizo ver en favor de él, que las continuas revueltas, nuestra desorganización social y el mal sistema de reemplazarlo, habian influido mucho en aquel mal, á la vez que por nuestra escasez, los soldados no eran atendidos con lo que les pertenecía, como puntualmente acontecia en aquel día, que no habian probado alimento; que en cuatro anteriores se les debian los socorros, y no se sabia si para el siguiente tendrian que comer. Se manifestó igualmente la escasez de municiones para poder sostener un día más el combate, las pocas fuerzas que habian quedado, y, últimamente, que, reducidos al solo recinto de la Ciudadela, era consiguiente que el enemigo apuraria sus proyectiles, y no seria posible permanecer en ella un par de horas: que ocurrir á los edificios de la ciudad seria comprometerla sin esperanzas de un buen suceso, cuando el pueblo, con pocas excepciones, no tomaba parte en la lucha. Estas y otras reflexiones se tuvieron presentes para resolver, como se acordó unánimemente, que á la madrugada se evacuara la Ciudadela y edificios inmediatos, y que la artillería, municiones y tropa se situaran en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, todo á las órdenes del general Lombardini, como se efectuó. Los cuerpos de caballería que estaban en la capital, recibieron orden de estar tambien á la madrugada en la ciudad de Guadalupe, para incorporarse á la division de caballería que allí se hallaba con el E. Sr. general Alvarez."¹

¹ Segun se dijo entónces, algunos jefes opinaron por la inmediata salida del ejército; Olaguíbel proponia una junta más numerosa para discutir el punto, y Santa-Anna determinó desde luego la salida.

Se calculaba en unos 4,000 hombres la caballería y en cerca de 5,000 la infantería. La primera salió al mando de los generales Alvarez, Quijano y Andrade. La segunda salió dividida en cuatro secciones, y se componia de los nacionales de Toluca al mando de Olaguíbel: de los batallones de Lagos, Iturbide y Tula al mando del comandante Arroyo: de muchos piquetes de diferentes cuerpos al mando del general Martínez; y de

El gobierno general y el ejército se ausentaban de México, y era preciso proveer á la seguridad de su vecindario inerme. El Ayuntamiento, que no habia cesado un punto de proporcionar hombres y materiales para la defensa, y que habia conferenciado largamente con el general Tornel, gobernador del Distrito, respecto de la conducta que seguiria en el desgraciado evento que ahora se presentaba, dió en él pruebas de dignidad y energía que honran verdaderamente á sus miembros y á la ciudad en cuyo nombre obraron.¹ Cerciorada por alguno de sus individuos —D. Rafael Espinosa, que habia acudido al general D. José Joaquín de Herrera— de la inmediata salida del ejército, la corporacion municipal, á las once de la noche del 13 de Setiembre (1847), acordó una protesta y unas proposiciones que fueron presentadas al jefe enemigo por los capitulares D. José Urbano Fonseca, D. José María Zaldívar y D. Juan Palacios, y el oficial mayor D. Leandro Estrada; protesta y proposiciones que no dejará pasar inadvertidas la historia. El primero de tales documentos decia: “El Ayuntamiento de México protesta del modo más solemne á nombre de sus comitentes, ante la faz del mundo y del general en jefe del ejército norte-americano, que si los azares de la guerra han puesto á la ciudad en poder de los Estados-Unidos del Norte, nunca es su ánimo someterse voluntariamente á ningun jefe, persona ni autoridad, sino á las que emanan de la Constitucion Federal sancionada por el gobierno de la República Mexicana, sea cual fuere el tiempo que de hecho dure la dominacion extraña.” Las proposiciones garantizaban la seguridad de templos, conventos, hospitales, casas de beneficencia, bibliotecas y archivos, colegios y escuelas, casas particulares, y toda propiedad mueble ó inmueble, del comun, de corporaciones ó de individuos; el gobierno de la ciudad por las leyes vigentes y en uso de sus fueros; la administracion de justicia en el orden civil y criminal con ar-

los restos de los cuerpos Ligeros y del 11º de Línea al mando del general D. Francisco Pérez.

Leo en los “Apuntes para la Historia de la Guerra:”

“Por un descuido inconcebible, las únicas fuerzas que se retiraron fueron las que habia en la Ciudadela, en la casa de Ayllon, en la Acordada y en el Portillo de San Diego; quedando enteramente olvidadas las del Niño Perdido, la Profesa, San Fernando, y otras que cubrian el servicio de la Plaza.”

¹ Componíase el ayuntamiento del alcalde D. Manuel Reyes Veramendi; de los concejales D. Juan María Florez y Teran, D. Vicente Pozo, D. Lucio Padilla, D. Rafael Espinosa, D. José Urbano Fonseca, D. Agustin Diaz, D. José María Bonilla, D. Mariano de Beraza, D. Juan Palacios, D. Pedro Tello de Meneses, D. Leandro Pinal, D. Mariano de Icaza, D. José María Aguayo, D. José María Zaldívar, D. Antonio Balderas, D. Antonio Castañon y D. José María de la Piedra; y del oficial mayor D. Leandro Estrada.

reglo á las mismas leyes y por las autoridades del país; el modo de cubrir las vacantes del gobernador del Distrito y de los jueces; la conservacion, administracion é inversion por el ayuntamiento de las rentas municipales y de las contribuciones directas; la conservacion por el mismo ayuntamiento de la fuerza armada necesaria á la seguridad de las prisiones y á la tranquilidad del vecindario. Por último, la corporacion municipal tomara para los usos de su cargo las maderas, jarcia y demás útiles de la defensa, y mantendria enarbolado el pabellon nacional en su palacio; y el jefe enemigo dispondria que sus tropas se alojaran en determinados cuarteles, impidiéndoles el tránsito innecesario por las calles, particularmente de noche, y trabar cuestiones políticas con los vecinos, é impidiendo, además, á los contraguerrilleros y merodeadores la entrada á la ciudad.

Pocos ejemplos se hallarán de exigencias semejantes de parte de un vencido; y si, como era lógico y natural, no fueron en su totalidad admitidas por Scott, las obsequió en algo, y es innegable que su importancia misma y el valor civil con que fueron presentadas, han debido influir en el otorgamiento de varias de ellas y en la disminucion de los males consiguientes á toda ocupacion extranjera. “La comision—decia el ayuntamiento en su manifiesto de 25 de Setiembre— se dirigió á la una y media de la madrugada del 14 al señor general Scott, que estaba en Tacubaya, sin regresar sino hasta despues que el referido señor general ofreció por su propio honor, por el de su ejército y por el de la nacion á que pertenece, hacer cumplir todas aquellas garantías que fuesen compatibles con la seguridad de su ejército; ofreciendo igualmente seguir tratando del pormenor de las que se pedian, luego que se ocupase la capital.” Scott dijo á su gobierno: “Como á las cuatro de la madrugada siguiente (14 de Setiembre) una comision del ayuntamiento vino á decirme que el gobierno y el ejército de México habian huido de la capital unas tres horas ántes; y á pedirme términos de capitulacion en favor de la Iglesia, de los ciudadanos y de las autoridades municipales. Desde luego contesté que no firmaria capitulacion alguna; que la ciudad habia estado virtualmente en poder nuestro desde la hora en que Worth y Quitman el dia ántes tomaron las garitas; que sentia la silenciosa fuga del ejército mexicano; que impondria á la ciudad una contribucion moderada para objetos especiales; y que el ejército americano no entraria bajo otras condiciones que las que él mismo se impusiera; es decir, las que su propio honor, la dignidad de los Estados-Unidos y el espíritu del siglo exigieran é impusieran á juicio mio.”¹ Agrega Scott que al termi-

¹ En las órdenes generales de Scott de 17 y 18 de Setiembre, de que pronto hablaré,

narse su entrevista con la diputacion municipal, envió, al amanecer, órdenes á Worth y Quitman para que avanzaran lenta y cautelosamente, á fin de evitar traiciones, hácia el centro de la ciudad y ocuparan sus puntos más fuertes y dominantes.

Las tropas de Worth habian pernoctado en la garita de San Cosme y puntos adyacentes. A las tres de la madrugada del 14, el teniente de ingenieros Smith, se adelantó con alguna tropa á reconocer el convento de San Fernando, que halló fortificado, pero ya sin guarnicion: en la calzada inmediata (hoy calle de Rosales) halló un parapeto tambien abandonado. El teniente de ingenieros Mac-Clellan adelantó su reconocimiento hasta la Alameda, y en seguida, á las cinco de la mañana, las tropas y artillería gruesa de Worth avanzaron y ocuparon dicha Alameda, en su extremidad cercana á la calle del Puente de San Francisco, y se detuvieron allí por orden expresa de Scott, que quiso que la columna de Quitman fuese la primera que entrara al centro de la capital.

Por el rumbo de Belem, á la hora del alba, unos cuantos individuos salieron de la Ciudadela con bandera blanca, invitando á Quitman á tomar posesion de dicha fortaleza y noticiándole el abandono de la ciudad. Los tenientes Lowell y Beauregard se adelantaron á reconocer el punto, que ocuparon en seguida la brigada Smith y las demás fuerzas de Quitman, excepto el regimiento de Carolina del Sur, dejado en la garita. Fueron halladas en la Ciudadela quince piezas de artillería montadas, como otras tantas sin cureña, y considerable cantidad de armamento corto y pertrechos, y el 2º regimiento de Pensylvania fué dejado allí de guarnicion. "Comprendiendo —dice Quitman— que habria grandes depredaciones en el palacio y demás edificios públicos, moví la columna en aquella direccion, en el mismo orden, seguida de la batería ligera del capitán Steptoe, por las principales calles hasta la plaza mayor, donde formó frente al palacio nacional. ¹ El capitán Roberts del regimiento de Rifleros, que habia mandado la cabeza de la columna de asalto en Chapultepec y distinguióse en todas las operaciones del 13, fué designado por mí para enarbolar la bandera estrellada de nuestro país en el palacio nacional. La bandera, primera insignia extraña que habia ondeado sobre este edificio desde la conquista de Cortés, fué desplegada y sa-

fueron consignadas algunas de las garantías pedidas por el ayuntamiento en favor de la ciudad.

¹ La columna de Quitman, segun el plano de las operaciones de este jefe, vino por el costado oriental de la Ciudadela y siguiendo diversas calles, hasta las de Nuevo-México, Rebeldes y San Juan de Letran y Plazuela de Guardiola; y tomó desde aquí por las calles de San Francisco y de Plateros hasta la Plaza de Armas.

ludada con entusiasmo por todas mis tropas. ¹ El palacio, que se habia llenado ya de ladrones y rateros, fué puesto á cargo del teniente coronel Watson y de su batallon de Marineros, quienes le hicieron despejar y le preservaron de nuevas expoliaciones. A nuestra llegada á la plaza, el teniente Beauregard fué enviado á dar noticia de los sucesos al general en jefe, quien debia venir por la Alameda con la columna del general Worth. Como á las ocho de la mañana, llegó dicho general en jefe á la plaza, y fué recibido y victoreado con entusiasmo por las tropas."

No obstante que desde las seis apareció en las esquinas una proclama del ayuntamiento anunciando la ocupacion pacífica de la capital por el enemigo, y excitando al vecindario á conservar una actitud digna y tranquila; no obstante esto, digo, una hora despues de la llegada de las tropas norte-americanas á la plaza, y cuando empezaban á dividirse para ir á tomar cuarteles las de Quitman, y las de Worth aun no avanzaban de la Alameda, el pueblo, indignado con la presencia de los invasores, rompió sobre ellos fuego graneado de fusilería desde las esquinas de las calles y desde las puertas, ventanas y azoteas de algunas casas. Los jefes norte-americanos asientan que Santa-Anna, al evacuar la ciudad, dió suelta á los presos de las cárceles, y que éstos fueron principalmente los sostenedores del tiroteo. ² Si por la desercion de las guardias de las prisiones, posible y probable en momentos de confusion y desorden, se evadieron algunos criminales, creible es que hayan tratado de ponerse en salvo ántes que de pelear con el extranjero. Lo cierto es que las nuevas hostilidades provinieron de la parte resuelta y belicosa del vecindario, azuzada acaso por los oficiales y soldados que no salieron en la madrugada con el ejército; sostenida por multitud de individuos de la guardia nacional que conservaban armas y parque, y secundada en el resto del dia 14 y en la mañana del 15 por destacamentos de caballería que Santa-Anna, creyendo en un verdadero levantamiento popular, hizo retroceder de San Cristóbal y Guadalupe á fin de reforzarle y dirigirle. Worth dice que el primer disparo sobre su columna hirió gravemente al coronel Garland, y que el último dió muerte al teniente Sid-

¹ A las siete de la mañana segun el general Smith.—Se obligó al guarda mayor del alumbrado, Pomposo Gómez, á ayudar en la operacion de arriar la bandera nuestra y enarbolar la enemiga, y pocas noches despues fué asesinado, no se sabe si en algun arranque de patriotismo mal entendido.

² Worth asegura que "todos los presos de las diversas cárceles, en número de unos 3,000 hombres, fueron soltados de orden del gobierno en fuga, armados y distribuidos en los edificios dominantes, inclusive iglesias, conventos y hasta hospitales, con el fin de excitar si era posible á toda la poblacion á la revuelta, y lograr por medios bastardos lo que todo el ejército mexicano no habia podido."

ney Smith: que destacó en tiradores una parte de su infantería y mandó hacer fuego con sus obuses y hasta con las piezas de sitio sobre las casas de donde salían los disparos. Scott mandó que fuesen voladas, y esto no se efectuó por falta de pólvora, pues había que traerla de Chapultepec; pero, según los mismos jefes enemigos, multitud de casas fueron abiertas á hachazos, se hizo avanzar á la infantería por sus azoteas, se redujo á prision á los vecinos que parecían sospechosos, y se fusiló á los tenidos por culpables.¹ Tres de las piezas de artillería de Worth fueron traídas á la plaza de Armas, y otras dos abocadas en las calles de Plateros hácia la Alameda. El 8º de infantería del mayor Montgomery, situado cerca del convento de San Francisco, fué acometido por un cuerpo mexicano de caballería que se retiró rápidamente.

Las fuerzas de Quitman fueron hostilizadas por el pueblo, lo mismo que las de Worth. El 2º de infantería, al mando del capitán Morris, escoltaba al capitán de ingenieros Lee, enviado en comisión del servicio á la garita de San Antonio Abad; á tres cabeceras de distancia de palacio hácia el Sur, empezó el pueblo á hacerle fuego desde las calles transversales y desde azoteas y campanarios, arrojándole también piedras y ladrillos. Morris tuvo que dividir su fuerza, que allanar casas, que perseguir por las azoteas á sus contrarios, y que rechazar en las calles los ataques de alguna caballería; y al cabo de seis horas de lucha y con 28 bajas, el expresado cuerpo, falto de municiones, se vió en la necesidad de retroceder á palacio.

Ya he dicho que el tiroteo duró todo el día 14 y parte del 15.

Las tropas mexicanas reunidas en Guadalupe y desprovistas de alimentos y de recursos pecuniarios, habían formado, por disposición de Santa-Anna, dos divisiones, marchando para Querétaro el general D. José Joaquín de Herrera con la infantería y la artillería, y para Puebla el mismo Santa-Anna con la caballería y cuatro piezas ligeras. Al llegar el general presidente al pueblo de San Cristóbal, alcanzó el

¹ "No era tiempo de medidas á medias, dice Worth, y si muchas personas inocentes sufrieron incidentalmente en el castigo que tuvimos precisión de aplicar á los salidos de las cárceles, la responsabilidad pesará sobre el bárbaro y vengativo jefe que en tal necesidad nos puso."

El teniente de ingenieros Smith dice: "Muchas casas fueron abiertas violentamente por mis soldados con picos y barras; muchas personas sospechosas reducidas á prision, y algunas muertas." Agrega que el fuego era irregular, pero nocivo, desde las esquinas, puertas, ventanas y azoteas de las casas; que Mac-Clelland subió á las azoteas con un destacamento de la compañía de ingenieros y mató de 15 á 20 hombres; y que él mismo, de orden de Scott, mandó por pólvora á Chapultepec para volar las casas de donde se les hiciera fuego.

unos vecinos de México noticiándole *el levantamiento de la población en masa, que tenía sitiados á los invasores en la plaza y les había quitado seis cañones*; y pidiéndole que contramarchara en apoyo del pueblo. Santa-Anna y Alvarez contramarcharon, efectivamente, con la caballería y el batallón del Sur,¹ dejando á las fuerzas en la calzada de Guadalupe y garita de Peralvillo, y entrando los jefes hasta las calles de la capital. "Cuanto fué mi entusiasmo —dice Santa-Anna— por las exageradas noticias que se me dieron en San Cristóbal, así fué el disgusto que me causó el desengaño; pues no observé más que algunos tiros de fusil que á los enemigos disparaban en algunas esquinas varios individuos del pueblo, siendo falsa la quitada de piezas y, por consiguiente, la sublevación general de todas las clases que sitiaban en la plaza á los invasores. Sin embargo, en Peralvillo hice levantar una trinchera que pusiera á cubierto á la infantería del Sur, que allí se colocó para auxiliar al pueblo; y con igual objeto hice recorrer por diversos barrios gruesas partidas de caballería que, como los demás cuerpos de esta arma, se retiraron á pasar la noche á Guadalupe, quedando en Peralvillo la infantería hasta el 16 por la mañana. El día 15 destacué á varios cuerpos de caballería para que recorriesen algunas calles de la capital y protegiesen al pueblo en el movimiento que se me aseguraba iba á ejecutar ese día sobre los invasores si la tropa lo apoyaba. Marchó también el general Alvarez para estar á la mira y aprovechar la ocasión de hostilizar al enemigo; pero el día pasó lo mismo que el anterior, y el señor Alvarez, al retirarse en la noche, me participó que solamente se había conseguido que los regimientos de caballería 5º y 9º y Guanajuato lancearan á algunos soldados enemigos que encontraron; y en fin, que no observaba síntomas que confirmaran ese levantamiento que se nos aseguraba."

La corporación municipal, que había tratado con Scott á nombre de la ciudad inerme, excitó al pueblo á deponer su actitud hostil en obsequio de la tranquilidad y de la seguridad comun. Con motivo de ello, Santa-Anna dirigió el 15 desde Guadalupe un extrañamiento al alcalde Reyes Veramendi y á los concejales, amenazándolos con tratarlos como traidores si contribuían á enervar el entusiasmo de los ciudadanos; y ordenando que se disolviera la corporación ántes que facilitar víveres ni auxilio alguno á los enemigos. Olvidó Santa-Anna que su autoridad respecto de la ciudad y del ayuntamiento había cesado de hecho en la

¹ Se envió, además, al general Herrera orden de contramarchar igualmente con la infantería y artillería; pero ya dicho jefe había llegado á Cuautitlan, y la orden quedó sin efecto.